

**EL PROFETA ARMADO:  
LA ACTUACIÓN MILITAR DEL PRECURSOR  
DURANTE LA PRIMERA REPÚBLICA VENEZOLANA  
(1811-1812)**

*Fernando Falcón  
Escuela de Estudios Políticos  
Universidad Central de Venezuela*

**A Simón Sáez Mérida, *in memoriam***

Resumen: Estudiar a Francisco de Miranda como pensador, político, militar y su actuación en el campo de las armas requiere de determinadas precisiones conceptuales para explicar los hechos fundamentales que marcaron su participación en Venezuela durante 1811 y 1812. En este artículo el autor analiza la organización empleada por Miranda durante su mandato como Generalísimo de la Confederación y como esta se basaba en modelos similares a la antigua dictadura republicana, con un ejército vertebrado en milicias a la manera de las sociedades comerciales. Esta peculiar organización trajo como consecuencia inmediata el entumecimiento del ejército, por la propia inoperatividad del modelo y la resistencia de los cuadros de mando de la Primera República formado en las nuevas técnicas y teorías militares de finales del siglo XVIII y principios del XIX; diferencias que derivaron en tensiones y desencuentros que terminaron paralizando la maquinaria bélica de la confederación venezolana y le dieron fin al experimento republicano.

*Palabras clave:* Francisco de Miranda; organización militar; Primera República; Venezuela, Historia de las ideas.

## **The Armed Prophet: The military Action of the Progenitor During the First Venezuelan Republic (1811-1812)**

*Summary:* To be able to study Francisco de Miranda as an intellectual, a politician, a military man and his course of action in the field of arms requires determined and precise conceptual analysis in order to explain the events that marked his participation in Venezuela during 1811 and 1812. In this article the author analyzes the organization used by Miranda during his rule as General of the Confederation and how this was based on similar models of the old republican dictatorship, with an army divided in militias, similar to commercial societies. This particular organization brought as an immediate consequence the disorientation of the army, because of its own inoperative model and the resistance by the heads of the militia of the first republic that were formed and trained in the new military techniques and theories of the end of the XVIII CENTURY AND THE BEGINNING OF THE XIX CENTURY; differences that derived in tensions and mix-ups that ended up paralyzing the war machine of the Venezuelan confederation and caused the end of the republican experiment.

*Key words:* Francisco de Miranda; military organization; First Republic; Venezuela, History of the Ideas.

### **Introducción**

En una de las obras más importantes en materia de estrategia, escrita durante el siglo pasado, el teórico militar inglés Sir Basil Henry Liddel-Hart, al referirse al papel de los precursores o profetas en cualquier ámbito de las actividades humanas, expresaría lo siguiente:

La Historia atestigua el papel fundamental que han desempeñado los “profetas” en el progreso humano, lo que resulta una evidencia del valor práctico final de expresar la verdad sin reservas, tal como uno la comprende (...). Los profetas han sido siempre lapidados. Este es su destino, pero también la prueba de que han realizado su misión<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> BASIL LIDDEL-HART, *Estrategia: La aproximación indirecta*, Buenos Aires, Rioplatense, 1973, p. 13.

Así, abordar cualquier aspecto de la vida de un personaje como Francisco de Miranda, es tarea compleja, complicada, no exenta de polémica y necesitada, quizás más que ningún otro prócer de la independencia venezolana, Bolívar incluido, de un análisis sereno y objetivo acerca de la naturaleza de sus actuaciones.

Que la historia no es juez de nadie, ni tribunal donde presentar cuentas, es cosa sabida y trabajada desde hace tiempo en el ámbito profesional en que ésta se desenvuelve. Ahora bien, que la historia es campo fértil para la enseñanza y la comprobación de algunas actividades básicas en el devenir de las sociedades humanas, es algo que está fuera de toda duda, máxime si se trata de una actividad como la guerra, actividad humana cuyas consecuencias son de indubitable importancia en el devenir histórico de las sociedades.

Por tanto, hablar de Francisco de Miranda como militar, acerca de su pensamiento y actuación en el campo de las armas, en fin, tal y como sugiere el título de este ensayo, del profeta armado, requiere de algunas precisiones conceptuales previas a fin de explicitar dos hechos fundamentales: en primer lugar, que no puede presentarse a Miranda a rendir cuentas en el tribunal de la historia, porque éste, simplemente no existe, y en segundo lugar, su actuación militar, de manera integral, tanto en la práctica, como, hasta donde sea posible, de su pensamiento.

El pensamiento político está dotado de una lógica interna mediante la cual, la toma de partido por determinadas premisas induce a la adopción de conclusiones congruentes con aquellas y/o viceversa. En este sentido es indubitable la relación entre determinadas premisas políticas y sus respectivas conclusiones de carácter militar, cuando se trata de hacer frente a problemas tales como la supervivencia del Estado, las relaciones internacionales, la violencia política y la guerra<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> En efecto, la estructura de defensa de un Estado, de conformidad con las lecturas ilustradas de finales del siglo XVIII, se desarrollaba como corolario a la organización del Estado. En efecto Paul Du CHASTELET en su *Politique militaire ou traité de la guerre*, Paris, spi, 1756, abordaba el problema de la guerra y sus formas en dependencia directa con la estructura del Estado. Henry LLOYD, glosando a MONTESQUIEU en el área militar, establecería las relaciones existentes entre formas políticas y la teoría de la guerra en su *Filosofía de la guerra*. Jacques GUIBERT en el *Essai générale de tactique* plantearía la cuestión en términos que implicaban la necesaria transformación del Estado para llevar a cabo una transformación

En todo pensamiento político subyace una determinada concepción de la violencia política y de la guerra como su forma más extrema. De igual manera, en todos los niveles del pensamiento militar subyace una determinada idea de la política, fundamentalmente aquella que relaciona la misma con el conflicto<sup>3</sup>.

Del mismo modo, como lo ha demostrado J. A. Pocock en el campo de la Historia Intelectual, todo texto de carácter militar puede concebirse como inmerso en un paradigma que crea contextos de significado a las palabras<sup>4</sup>. La adopción de determinado modelo militar, ya sea político-estratégico, táctico-operacional u organizativo implica en sí mismo un paradigma dentro del cual se mueven los ejércitos y como tal, condiciona el pensamiento y el lenguaje<sup>5</sup>. Desde esa perspectiva, la historia del pensamiento político militar puede ser definida como “una historia de cambio en el empleo de paradigmas, la exploración de paradigmas y el uso de paradigmas para explorar paradigmas”<sup>6</sup>. Siendo Miranda producto de una determinada formación intelectual en el campo político militar, los aspectos más creativos y originales de su visión en dicho campo deben entenderse como una serie de reacciones y/o adaptaciones basadas en el cuerpo de creencias que heredó y a los que básicamente continuó adhiriéndose. Estas consideraciones, jalonarán el desarrollo del presente trabajo.

---

radical en el Ejército y la Armada. Tal relación parece haber sido demostrada de manera definitiva por Karl Von Clausewitz en su obra *De la guerra* (utilizamos la edición: Madrid, Ministerio de Defensa Español, 1999).

<sup>3</sup> Véase Basil Lidell-Hart, *The Ghost of Napoleon*, Trinity College Lectures, Cambridge, 1932. También Manuel García Pelayo, *Idea de la política*, Caracas, Ediciones de la Fundación García Pelayo, 1994.

<sup>4</sup> Véase, John G. Pocock, “Languages and their implications: The Transformations of the Study of Political Thought”, *Politics, Languages and Time*, London, Meuthen, 1972; También en “Introduction”, *The State of The Art, Virtue, Commerce and History*, Cambridge University Press, 1985.

<sup>5</sup> Esto ha sido demostrado por diversos historiadores de los ejércitos. Resaltan las obras básicas de J. F. C. Fuller, *Batallas decisivas del Mundo Occidental*, Madrid, Ediciones Ejército, 1979; Jean Boudet, *Historia Universal de los Ejércitos*, Barcelona (España), Editorial Hispanoamericana, 1967, y la serie de artículos sobre el Arte Militar producidos para la *Cambridge Modern History*, Cambridge University Press, 1980.

<sup>6</sup> Pocock, *Politics... op. cit.*, p. 23.

A tales efectos el propósito de esta contribución es analizar la trayectoria militar de Francisco de Miranda entre 1811 y 1812, fechas de su actuación en Venezuela durante la llamada Primera República. Para el logro de este objetivo dividiremos el presente artículo en tres partes: en la primera presentaremos el ambiente intelectual militar en que se desarrolla la carrera militar de Francisco de Miranda y los cambios y tendencias prevalecientes en la actividad castrense durante esa época. La segunda parte estará destinada a describir y analizar la formación y la actuación militar de Miranda, y la tercera estará destinada a explicar los factores que incidieron en su actuación pública en Venezuela durante la Primera República. Finalmente, enunciaré las conclusiones correspondientes.

## **El contexto de la actuación**

Los resultados de la Guerra de Sucesión española y el posterior impacto de los éxitos de Federico II de Prusia, comenzarían a conformar un proceso de reflexión acerca de la naturaleza de la guerra y la forma de conducirla, que resultaría no sólo coincidente sino en perfecta concordancia con el movimiento de ideas que más tarde sería conocido con el nombre de Ilustración.

Las particularidades de los mencionados acontecimientos bélicos, cuyo desenlace comenzó a poner en tela de juicio la validez de las estructuras políticas y sociales de la época, se reflejarán, paradójicamente en el Arte Militar antes que en el resto de las manifestaciones del espíritu y de las ciencias que adquirirían preponderancia en años posteriores<sup>7</sup>; y es en este campo donde la época de las luces dependería “...en mayor aspecto de los siglos que la precedieron; la ha dispuesto y ordenado, desarrollado y aclarado, mejor que captar y hecho valer motivos intelectuales originales”<sup>8</sup>.

Desde finales del siglo XVII, el método racionalista preconizado por Locke en Inglaterra, Descartes en Francia y Justus Lipsius en Holanda,

---

<sup>7</sup> Véase Basil LIDDELL-HART, *The Ghost of Napoleon*, London, Faber and Faber, 1933; J. F. C. FULLER, *The Foundations of Science of War*, London, Faber and Faber, 1926; Jacques GUIBERT, *Essai générale de tactique*, Lieja, 1772.

<sup>8</sup> Ernest CASSIRER, *Filosofía de la Ilustración*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 10.

había comenzado a formar parte integrante del arte de la guerra. Raimondo Montecuccoli en Austria, el mariscal de Vauban, Antoine de Feuquières y el señor de Puysegur en Francia habían comenzado a establecer el hilo conductor entre las razones de orden político que llevan a los Estados a hacer la guerra y la forma de conducirla para lograr los objetivos del soberano absoluto<sup>9</sup>.

En consonancia con lo anterior, la teoría del arte de la guerra buscaba establecer principios generales de conducción del aparato bélico del Estado a fin de lograr su máxima efectividad en el campo de batalla. Mediante la revisión de la historia era posible, según esta tendencia, extraer principios de validez universal aplicables para cada momento y condición, deducidos de las enseñanzas de cada hecho de armas realizado hasta el momento.

De esta tendencia surgirían las memorias sobre campañas y hechos de armas que se iniciaban con una narración de las mismas y finalizaban con una serie de principios de acción en forma de máximas, que formaban parte de la formación y la cultura de los dirigentes de los ejércitos y armadas de la época. Por lo general, estos preceptos se contrastaban con ejemplos extraídos de la antigüedad clásica, no sólo para facilitar la comprensión de los lectores, generalmente especializados y cuya formación intelectual obligaba a la temprana lectura de los mismos, sino también para demostrar la validez general de tales preceptos en todo momento y circunstancia.

Así, entre 1700 y 1750 proliferan en la literatura militar de la época los tratados de este tipo, bien sea los referentes a las experiencias de sus propios autores como en el caso de Montecuccoli, o a las experiencias históricas

---

<sup>9</sup> Aunque excede en mucho el presente trabajo, la conexión entre el racionalismo de finales del siglo XVII y la teoría de la guerra resulta más que evidente. Raimondo MONTECUCCOLI reconocerá su deuda intelectual con Justus LIPSIUS; FEUQUIÈRES y PUYSEGUR harán lo propio con DESCARTES. Sobre el particular, véase Raimondo MONTECUCCOLI, *Aforismi dell'Arte Bellica en Opere Complete*, La Terza, Roma, Edicione a cura di RaimondoLuraghi, Ufficio Istorico del Stato Maggiore dell'Essercito, 1988; C., FEUQUIÈRES, *Mémoires sur la Guerre*, Paris, 1749; Jacques PUYSEGUR, *L'Art de la Guerre*, Paris, 1749; Peter PARET (ed.), *Makers of Modern Strategy*, Oxford, Clarendon Press, 1986; Gerard CHALLAND, *Anthologie Mondiale de la Strategie*, Paris, Robert Laffond, 1990, pp. 652-731; Azar GAT, *The Origins of Military Thought*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

contemporáneas como en el caso de Turpin de Criséc, y finalmente a aquellas de la antigüedad clásica como en los más comunes casos de Feuquières, Puysegur, el Caballero de Folard y Bouchard de Bussy<sup>10</sup>.

Es hacia mediados del siglo XVIII cuando la racionalidad y el espíritu de sistema, propios del movimiento de ideas de la Ilustración, se apropiarán del estudio del arte de la guerra como un objeto más del conocimiento humano. Aunque desde la época del Renacimiento la conexión entre política y guerra formaba parte de las preocupaciones intelectuales de quienes estudiaban la relación entre hombre y sociedad, es con el advenimiento de la Ilustración cuando el problema va a plantearse con una mayor claridad afectando las conexiones con el arte de la guerra.

Tres serán los grandes problemas que relacionarían la teoría política con el arte militar durante el período. En primer lugar, la relación entre el tamaño del Estado, su forma de gobierno y las necesidades de su defensa. Este problema, expuesto por Montesquieu, implicaba la necesidad de la proporción entre el tamaño del Estado y la operacionalidad y disposición de su fuerza militar para desplazarse a cualquier punto amenazado del territorio<sup>11</sup>.

Así, en consonancia con la teoría del arte de la guerra vigente para la época, en particular la prescrita por Vauban<sup>12</sup>, se preconizaba la idea

---

<sup>10</sup> C. FEUQUIÈRES, *Mémoires sur la Guerre*, Paris, s.p.i., 1722; Jacques PUYSEGUR, *L'Art de la Guerre*, Paris, s.p.i., 1741; Chevalier FOLARD, *Nouvelles découvertes sur la guerre dans une dissertation de Polybe*, Paris, s.p.i., 1724; *Histoire de Polybe avec un commentaire*, Paris, s.p.i., 1727-1730; Turpin de Crisséc, *Commentaires sur Turenne*, Paris, s.p.i., 1780 y *Mémoires de Montecuccoli*, Paris, s.p.i., 1760; BOUCHARD de Bussy, *Le milice des grecs ou tactiques d' Elien*, Paris, s.p.i., 1757.

<sup>11</sup> Jacques MONTESQUIEU, *L'esprit des Lois*, Paris, La Pléiade, 1951, Livres 9 y 10.

<sup>12</sup> Sebastián DE LA PRESTE, Mariscal de Vauban, considerado el padre de la ingeniería militar, fue el creador de los sistemas modernos de fortificación regular y de campaña y de los métodos de ataque y defensa de plazas fuertes que estuvieron vigentes hasta la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. Sus obras eran un referente obligado en el arte militar de la época que nos ocupa. Sus tres tratados más conocidos fueron impresos en La Haya en 1737, en una descuidada edición con el título de *Traité de l'attaque et la Défense des places suiví d' un traité de mines*, fue reimpresso en 1742 y nuevamente en 1771. Ninguna edición bien preparada se publicó durante el siglo XVIII. Miranda contaba con

de una cadena de plazas fuertes en las líneas fronterizas, defendidas por ejércitos como la mejor defensa de las monarquías, que debían regir Estados de extensión mediana; la confederación como mejor defensa para las repúblicas, cuya pequeña extensión las hacía proclives a una rápida invasión y sojuzgamiento; y la ocupación y devastación de grandes zonas fronterizas como la mejor defensa para los Estados despóticos cuyo gran tamaño implicaba necesariamente gobiernos de esa naturaleza<sup>13</sup>.

El segundo problema, corolario del anterior, se refería a las relaciones existentes entre los ejércitos y las sociedades en que éstos se desenvolvían. La naturaleza del arte de la guerra durante el período comprendido entre el final de la Guerra de Sucesión Española y la conclusión de la Guerra de los Siete Años, presentaba un cariz marcadamente profesional que la distinguía y separaba del resto de las actividades humanas. No obstante, los ejércitos de mediados del siglo XVIII carecían de homogeneidad y constituían una mezcla de elementos nacionales y extranjeros (en ocasiones en proporción hasta de dos tercios del total de la fuerza). El espíritu combativo de las tropas, reclutadas en su mayoría bajo engaño o a la fuerza, era a menudo mediocre y sólo mediante la disciplina férrea podían mantenerse cohesionados unos soldados carentes de ideal común.

A estas particularidades, se agregaba un tercer problema militar de carácter casi insoluble. Debido a que los ejércitos de la época estaban compuestos por el sector más bajo de la población y por tropas mercenarias que alquilaban sus servicios a determinado Estado, la desertión, tanto durante las marchas como en el campo de batalla, alcanzaba tal nivel y dificultaba en extremo las operaciones militares, que alrededor del 20% de las tropas de combate se destinaban a impedir tal hecho, produciéndose la paradoja de que mientras más grande era un ejército en operaciones, mayor era el índice de desertión. De hecho, algunas de las obras militares

---

una edición moderna bajo el título de *Oeuvres*. Un excelente estudio sobre Vauban en idioma castellano es el de Henry GUERLAC incluido en Edward EARLE (comp.), *Creadores de la Estrategia Moderna*, Montevideo, Ediciones del Centro Militar de Uruguay, 1952 y Buenos Aires, Círculo Militar Argentino, 1968.

<sup>13</sup> Jacques MONTESQUIEU, *op. cit.*, Livre 9, caps. I-VI.



más resaltantes del período, como las de Federico II y Mauricio de Sajonia dedicarían capítulos enteros a intentar resolver dicho problema<sup>14</sup>.

De conformidad con el espíritu de sistema y la crítica a las instituciones, propios del movimiento ilustrado, la principal preocupación de los teóricos militares de la época era la de encontrar un medio de librar las batallas que diera al vencedor la derrota total de su adversario y no un mero desconcierto. Se trataba entonces de cambiar la concepción de la guerra vigente hasta el momento, a fin de lograr la mejor utilización de las medidas militares para obtener los resultados deseados por el decisor político al utilizar la guerra para dirimir conflictos de intereses. Tal situación planteaba de entrada la adopción de un nuevo tipo de táctica.

En consonancia con esta concepción, la idea general de la reforma militar planteada por la ilustración, consistía en establecer principios, reglas y sistemas para la conducción de la guerra, a fin de finiquitar las controversias surgidas en la interpretación del arte de la guerra con base en la historia militar.

Es hacia 1750 cuando se produce una nueva corriente teórica sin precedente en cuanto a su alcance y sentido de vocación materializada en una diversidad de obras en materia militar. Durante el apogeo de la Ilustración francesa, la mayoría de los pensadores militares incorporaron la universalidad y el *esprit du système* al campo militar. Ellos demostraron que la guerra estaba dominada por “tradiciones arbitrarias”, “prejuicios ciegos” y “desorden y confusión”. Todo esto debía ser reemplazado por análisis críticos y esquemas sistemáticos, que el hombre del período entendiese en términos definitivos y universales, que eran más importantes que las diferencias circunstanciales y el cambio histórico. La organización de los ejércitos y la conducción de la guerra se convertirían entonces en una disciplina metódica con principios teóricos claros.

El ideal de la ciencia y el espíritu de sistema motivaron a los pensadores militares de la Ilustración e impulsó un anhelo sin precedente de infundir, en el estudio de la guerra, la máxima precisión y certeza posibles. Sin

---

<sup>14</sup> Maurice de SAXE, *Réveries*, La Haye, Abbé Pereaue, 1757; “*Intructions*” en FEDERICO II, *Ouvres militaires*, Paris, 1805. Para un tratamiento contemporáneo del tema véase André CORVOISIER (dir.), *Histoire militaire de la France des origins á 1815*, t. I, Paris, PUF, 1992.

embargo, el modelo característico de su trabajo era menos riguroso que el influyente neoclasicismo en las artes (siglo XVII) del cual procedía. Los pensadores militares de la Ilustración sustentaron la hipótesis de que el arte de la guerra era también susceptible de una formulación sistemática, basada en reglas y principios de validez universal, evidenciados en las campañas de los grandes líderes militares de la historia. Al mismo tiempo, el arte de la guerra escapaba un tanto de la formalización, por cuanto las reglas y principios siempre requerirían de una adaptación circunstancial por parte del genio creativo del general.

Estos intentos de sistematización de la Teoría de la Guerra serían profundamente influidos por cuatro acontecimientos propios del dominio de la experiencia, que se habían suscitado hacia la segunda mitad del siglo XVIII.

El perfeccionamiento en la tecnología de las armas, planteaba necesariamente una modificación de las tácticas de combate a fin de alcanzar la decisión en el campo de batalla. El aumento creciente de la potencia de fuego, derivada de la adopción del fusil encendido de piedra de chispa a comienzos del siglo, sugirió la adopción de formaciones irregulares en sustitución de las líneas perfectamente ordenadas, trayendo como consecuencia una mayor movilidad y un mejor aprovechamiento de las características naturales del terreno.

Tal situación era a su vez una consecuencia inmediata del uso de tropas irregulares por parte de María Teresa de Habsburgo contra Federico II en la Guerra de Sucesión de Austria. Los *Pandours* croatas y los *Huszars* magiars, que operaban de manera independiente muy adelante y en los flancos del Ejército Imperial desorganizando los desplazamientos y el dispositivo del ejército adversario, plantearían una nueva forma de lucha basada ahora en la actuación y confianza individuales. Esta experiencia, aunada a la de los ejércitos ingleses en Quebec durante el mismo período trajo como consecuencia la adopción de este tipo de tropas en todos los ejércitos de la época con el carácter de especialidad militar distinta a la infantería regular<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Sobre el particular véanse Michael HOWARD, *La guerra en la historia europea*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 139-147; Peter PARET, *Yorck*

A pesar de la importancia de este hecho, no bastaba la desorganización del dispositivo del adversario para lograr la decisión en el campo de batalla. Lo esencial consistía en encontrar la forma de concentrar una fuerza superior sobre los puntos débiles del enemigo a fin de desarticular y romper su dispositivo de combate en el campo de batalla. En este sentido, las antiguas formaciones de combate, en columna y en línea, mantenían su preponderancia en el arte militar y replanteaban la dicotomía existente entre el poder de fuego y el choque del arma blanca. Así, la gran discusión teórica en el período sería entre los partidarios del fuego y los del choque como el elemento decisivo en la batalla.

Los partidarios del choque, con el caballero de Folard a la cabeza, preconizaban la adopción en combate del llamado *Orden Profundo*, es decir, la disposición de gruesas formaciones en columnas separadas a lo largo del frente, capaces de desarrollar con la fuerza del choque al arma blanca contra un enemigo desplegado en línea y confiado en la superioridad del fuego. Para los partidarios de esa idea, la columna era el único medio de combinar la movilidad con la formación cerrada ya que la línea de combate, una vez establecida, no podía cambiar de dirección y quedaba afectada por los obstáculos naturales, situaciones que la columna superaba y que permitía concentrar las fuerzas en un punto dado del frente de batalla para lanzar un ataque eficaz que desarticulara el dispositivo enemigo<sup>16</sup>.

Como contrapartida, el combate en columna, en la práctica, se traducían en desorden cuando no en lentitud de movimiento. De igual manera, las características de ese tipo de formación impedían a la mayoría de los soldados el uso de sus armas. Toda esta concepción se basaba en el rescate de la profundidad de choque de la falange griega y de la legión romana como un expediente que lograría rescatar el poder de decisión durante la batalla. Por otra parte, los partidarios de la formación en línea hacían énfasis en los efectos devastadores del fuego sobre la columna y se referían a ella como un anacronismo, una rémora de los tiempos anteriores a la aparición de

---

*and the Era of Prussian Military Reform*, Princeton University Press, 1966, pp. 28-48. Sobre la adopción de estas tácticas en España y en América véase J. BRUNET, *Histoire Militaire d'Espagne*, Paris, 1866, s. p. i.; Fernando FALCÓN, "La política militar de Carlos III y su impacto en la independencia de Venezuela", *Nuevo Mundo*, julio-diciembre 1994, Caracas, Universidad Simón Bolívar.

<sup>16</sup> Chevalier de FOLARD, *Commentaires sur Polybe...*, *op. cit.*, tomo I, pp. III-XL.

la bayoneta. Para ellos, el fuego desarticulaba totalmente el dispositivo del enemigo y sólo bastaba una carga a la bayoneta desde la misma formación en línea para obtener la victoria en el campo de batalla.

Los resonantes éxitos obtenidos por el ejército prusiano al mando de Federico II entre 1748 y 1763 contribuirían a avivar mucho más la polémica sobre el particular e introducirían nuevos elementos de discusión en la teoría de la guerra.

En efecto, la interpretación de los éxitos militares de Federico II daría lugar a la aparición de tres nuevas tendencias de pensamiento, todas en concordancia con el movimiento de ideas de la ilustración. La primera de ellas, enunciada por el mismo Federico II, concebía al ejército como una maquinaria, cuyas piezas debían ser convenientemente engranadas y aceitadas para obtener los mejores resultados. La combinación de masa (concentración de hombres y fuego) y velocidad (marcha de las tropas) permitiría la aplicación de la fuerza sobre un punto dado, trayendo como consecuencia la ruptura del dispositivo enemigo. Tal concepción de la guerra dio lugar a una corriente militar que concebía la actividad militar como una ciencia exacta, la cual mediante el desplazamiento por líneas de abastecimiento (ciudades fortificadas) previamente calculadas, permitía asestar una derrota decisiva al adversario.

La segunda concepción se basaba más que todo en las interpretaciones del uso que Federico II de Prusia había hecho del *Orden Oblicuo*. Éste, cuyos orígenes se encuentran en la táctica utilizada por los tebanos al mando de Epaminondas en la batalla de Leuctra (353 a.C.), se basaba en un avance hacia el enemigo con un ala del dispositivo de combate adelantada renunciando al ataque de toda la línea enemiga<sup>17</sup>. Los felices resultados obtenidos por Federico en Rossbach, Leuthen y Zorndorff, durante la Guerra de Sucesión de Austria y la Guerra de Los Siete Años, produjeron la fascinación de los teóricos militares de la época, quienes creyendo ver más que una adaptación, una reedición de las tácticas de los antiguos, preconizaron su adopción como fórmula única para obtener la victoria. De esta forma se reabría en el arte militar la polémica entre antiguos y modernos<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> R. R. PALMER, *Frederick the Great, Guibert, Bulow: From Dynastic to National War* en Peter PARET, *Makers of Modern Strategy*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

<sup>18</sup> Jacques GUIBERT, *Défense du système de guerre moderne en Stratégiques...*, *op. cit.*, pp. 483-490.

La tercera concepción, también interpretativa de las victorias de Federico II, buscaba la explicación de las mismas mediante la unión de las dos tendencias anteriores, pero añadiendo un intento de explicación adicional.

Para esta tendencia, que surge paralelamente en Inglaterra y Francia, la explicación de las victorias de Federico no se encontraba sólo en la combinación de masa y velocidad, ni en la adaptación de preceptos clásicos a la guerra moderna. Aceptando estas dos explicaciones como valederas, pero parciales, instaban a considerar también los factores morales en la guerra como los elementos claves para la comprensión del fenómeno. Estos elementos morales tenían que ver tanto con el mando que conducía los ejércitos (carácter, templanza, prudencia, ojo táctico *–coup d’oeil–*, fortaleza), como con la constitución física de los hombres que tomaban las armas. Ambas interpretaciones, tomando como referente a Montesquieu y su división de los diferentes tipos de gobierno, clasificarían los ejércitos de conformidad con la naturaleza de las sociedades y de la política en que éstas se desenvuelven.

El inglés Henry Lloyd, antiguo discípulo de David Hume y con experiencia de guerra en los ejércitos francés, austriaco y ruso, plantearía por primera vez esta conexión en la segunda parte de su *History of the Last War in Germany* publicada en 1766<sup>19</sup>. En ella hace una exposición de la virtud, el vicio, las pasiones y la corrupción y su influencia en los ejércitos de las monarquías, los despotismos y las repúblicas. Unos años más tarde, en 1770, el Conde Jacques de Guibert en su *L’état actuel de la politique et la science militaire en Europe*, evaluaría críticamente los preceptos de Montesquieu y los relacionaría con los planteamientos de los enciclopedistas en concordancia con la cuestión militar, teniendo a Guibert como su exponente principal, a través de la figura del ciudadano armado como eje fundamental del sistema de defensa del Estado.

Guibert exigía contar con un ejército de ciudadanos, tanto en las monarquías como en las repúblicas, como la verdadera salvaguarda de la libertad. Aplicando los conceptos de virtud e ilustración debía formarse un ejército que, educado para la libertad y adaptándose a sus características

---

<sup>19</sup> Henry LLOYD, *History of Last War in Germany*, London, 1766, en especial la segunda parte *Philosophy of War*.

nacionales, fuese el bastión de las virtudes, la escuela de la verdadera libertad y una muralla de contención contra los peligros que el comercio, el lujo y la corrupción conllevaban en el proceso de destrucción del sentimiento nacional<sup>20</sup>.

Las reflexiones de Lloyd y Guibert les permitirían pocos años después establecer los fundamentos de sus respectivas teorías militares. Así, Guibert publicará en 1772 su *Essai Général de Tactique*, obra cuya profusa circulación y favorables comentarios convertirían a su autor en el más reputado teórico militar de la época<sup>21</sup>.

Tres temas fundamentales abarcarían el *Essai*. El primero de ellos, ampliando las ideas expresadas en *L'état actuel de la politique et la science militaire en Europe*, propugnaba la creación de un ejército auténticamente nacional, formado por ciudadanos y educado según la idiosincrasia y características del francés en la escuela de la libertad y la virtud, lo cual traería como consecuencia un aumento sustancial de la capacidad combativa del ejército. Para Guibert, un ejército virtuoso y bien entrenado, amoldando la instrucción militar a la constitución física de sus integrantes e insensible al lujo y al vicio, produciría la victoria en un nuevo tipo de guerra más decisiva y aplastante<sup>22</sup>.

El segundo tema planteado por Guibert era la exigencia de una guerra de movimiento que permitiera explotar las posibilidades del tipo de ejército

---

<sup>20</sup> Sobre el problema del lujo y su papel en la corrupción y decadencia de las repúblicas véanse el clásico estudio de MONTESQUIEU, *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los romanos*. Utilizamos la edición española de Madrid, Tecnos, 1998; Jacques de GUIBERT, *Essai...*, *op. cit.*; FERGUSON, *An Essay of History of Civil Society*, Edimburgo, Francis Hutcheson, 1767. Para una perspectiva moderna del asunto, desde el punto de vista de la Historia intelectual véase John POCOCK, *Politics, language and time*, Chicago, Chicago University Press, 1989, en especial pp. 80-148; También Luis CASTRO LEIVA, *Insinuaciones deshonestas*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1997 y su obra póstuma *Sed buenos ciudadanos*, Caracas, Alfadil-IUSI Santa Rosa de Lima, 1999.

<sup>21</sup> Jacques de GUIBERT, *Essai générale de tactique*, Liège, 1772 y London, 1773.

<sup>22</sup> Sobre la adaptación corporal a la táctica véase el *Essai...* de GUIBERT y confróntense con las interesantes y no siempre exactas observaciones de Michael FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI Editores, México, 1985, especialmente pp. 139-174.

que propugnaba. Retomando algunas de las ideas de uno de los autores militares más leídos en décadas anteriores por su fama militar y su actitud iconoclasta, Mauricio de Sajonia, Guibert clamaba por la reducción del tamaño de los ejércitos a fin de hacerlos más maniobrables, la completa eliminación del sistema de abastecimientos, que ataba inexorablemente a los ejércitos a una cadena de abastecimientos ubicadas en ciudades y depósitos fortificados<sup>23</sup>, mediante el expediente de vivir de los recursos del enemigo una vez ocupado su territorio y el aumento de la movilidad de los ejércitos por la vía de la simplificación de las formaciones a través de la creación de una solución intermedia entre la columna y la línea (*ordre mixte*), una reducción considerable de la artillería y el aumento del número de pasos por minuto en la marcha de los ejércitos. Propugnaba además la uniformidad de la instrucción de la caballería e infantería a fin de que ambas cumplieran indistintamente funciones de línea o de tropas ligeras<sup>24</sup>.

El tercer tema era el corolario natural de su predicamento. Consciente, como estaba, de que sus planteamientos teóricos no podrían ser aplicados en una organización resistente al cambio y en una sociedad en la que no existía la libertad, sólo serían posibles sus predicamentos, que para él encarnaban las peticiones del ala progresista del ejército, si se producía una completa transformación de tal sociedad. Sólo si se crease un Estado virtuoso, similar a la república romana “surgiría un gran genio, para asumir los poderes de dictador, sentarse él mismo en el trono y llevar a cabo la reforma completa de todo el sistema político y militar”<sup>25</sup>.

Henry Lloyd en 1781 publicaría una nueva edición de su obra bajo el título de *Mémoires Militaires* en la cual incorporaría nuevas reflexiones sobre su teoría de la guerra. Señaló en ella, uniendo eclécticamente las tendencias prevalecientes para la época, que existían dos partes en el arte de la guerra: una parte mecánica, de naturaleza *fisicalista*, que podía ser aprendida, basada fundamentalmente en las matemáticas y la topografía, las cuales convertían a la guerra en una ciencia exacta mediante la determinación y el cálculo de

---

<sup>23</sup> Martin Van CREVELD, *Supplying War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pp. 91-136.

<sup>24</sup> Jacques de GUIBERT, *Essai...*, *op. cit.* Para la influencia de las ideas de Maurice de SAXE en GUIBERT, véase Jean P. BOIS, *Maurice de Saxe*, Paris, Fayard, 1992.

<sup>25</sup> Jacques GUIBERT, *L'état actuel de la politique et la science militaire en Europe, Strategiques...*, *op. cit.*, p. 165.

líneas de maniobra en el terreno denominadas líneas de operaciones<sup>26</sup>; y una parte moral en la cual las formas de gobierno (tomadas de Montesquieu) influían determinadamente en las operaciones militares, debido a que ellas conferían a los habitantes determinadas virtudes y pasiones que dejaban su impronta en la constitución y desempeño de los ejércitos<sup>27</sup>.

Entre 1775 y 1778 se producirán los acontecimientos que en América del Norte conducirían a la independencia de los Estados Unidos de América. Tales acontecimientos desde el punto de vista militar pueden ser encausados a través de dos vertientes: desde el punto de vista clásico de la teoría política, la experiencia norteamericana desafiaba el paradigma político del Barón de la Brède. Para Montesquieu, la seguridad de una república, dependía directamente de su extensión (sólo las pequeñas repúblicas pueden sobrevivir) para hacer frente a aquellas amenazas que atentasen contra su existencia.

Los teóricos políticos norteamericanos, en especial los escritores de *El Federalista* habían desafiado tales argumentos con el expediente del Federalismo, el cual más allá de sus atractivos morales y teóricos, se había revelado como un muy eficaz medio de carácter militar. En efecto, la prontitud del auxilio y la excelente coordinación de la ayuda militar entre los Estados confederados habían contribuido de manera determinante a la victoria de Saratoga<sup>28</sup>.

Desde el punto de vista netamente militar, también habíase producido un acontecimiento revolucionario. Las milicias de ciudadanos libres, utilizando técnicas de cacería, más que el complicado arte militar de la época, habían propinado determinantes derrotas al ejército regular inglés. Tal hecho era la confirmación teórica de la superioridad del ejército de ciudadanos sobre

---

<sup>26</sup> El concepto de línea de operaciones se convertiría en elemento fundamental de la teoría operacional, prevaleciendo hasta nuestros días en el léxico militar.

<sup>27</sup> La obra de LLOYD es prácticamente desconocida en lengua castellana. Sus obras completas aún permanecen inéditas. Un estudio moderno interesante sobre el tema, véase Azar GAT, *The Origins of Military Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1992, pp. 67-79. Existe traducción española de la segunda parte de las *Mémoires...* con el nombre de *Filosofía de la guerra*, Cádiz, S. E., 1813.

<sup>28</sup> PUBLIUS (Alexander HAMILTON, James MADISON y John JAY), *El Federalista*, N° 6, 8, 11 y 12, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.



el ejército profesional, del arte militar de la libertad sobre el arte militar de la monarquía y del despotismo.

Algunos oficiales franceses, como La Fayette, Jourdan y Berthier (el primero amigo y contertulio y los dos últimos futuros mariscales de Napoleón y luego subalternos de Miranda en Valmy) llevarán estas ideas a Francia, donde encontrarán, paradójicamente, resistencia por parte del grupo de reformadores del ejército, a cuya cabeza se encontraba precisamente Guibert, quienes oponían a esta experiencia los argumentos de la irrepetibilidad de la misma, del carácter del francés y de la geografía de Europa (los argumentos de Montesquieu), pronunciándose en cambio por un ejército profesional formado por ciudadanos<sup>29</sup>.

Así, para 1792, año de inicio de las luchas de la revolución en Europa, dos escuelas de pensamiento militar, ambas enmarcadas en la teoría de la libertad, dominaban el panorama intelectual europeo en el campo militar. Por una parte, la que expresaba el lenguaje de la sociedad comercial: el ciudadano armado organizado en milicias, con el derecho de poseer armas para defender su libertad; y, por otra parte, los que propugnaban por un ejército profesional (regular o veterano), bien instruido y educado, virtuoso y rápido, precisamente como garante de esa libertad.

Cuando en 1792 el Comité de Salud Pública francés se vio amenazado por los ejércitos de la primera coalición, hubo pocas oportunidades para experimentar con doctrinas militares formales por lo que los ejércitos de la Revolución, reclutados mediante el expediente de la *Levée en Masse*, se vieron precisados a combinar el profesionalismo del *ancien régime*, basado en las reformas de 1775 y 1791 llevadas a cabo de conformidad con las teorías de Guibert y Bourcet (creador del concepto de División), con el entusiasmo de la Nación en Armas, expediente revolucionario mediante el cual los mandos del nuevo ejército con Lazare Carnot a la cabeza introducirían el concepto roussoniano del “hombre natural” en las filas, con el fin de luchar por la libertad. De esta forma, la combinación de tiradores emboscados y gruesas columnas de ataque a la bayoneta se convertirían en la forma normal de luchar<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Jaques de GUIBERT, *Défense du système de guerre moderne*, *op. cit.*, pp. 626 y ss.

<sup>30</sup> Michael HOWARD, *La guerra en la historia europea*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 140-147.

No obstante, el Comité de Salud Pública adoptaría como textos militares de carácter obligatorio y repartiría a los generales de la república dos obras que se constituirían en la base teórico-militar del ejército revolucionario: El *Essai générale de tactique* de Guibert y las *Mémoires militaires* de Lloyd<sup>31</sup>. Ellas se constituirían en las bases teóricas del ejército hasta el advenimiento del Primer Cónsul Napoleón Bonaparte<sup>32</sup>.

Ahora bien, necesario es resaltar que absolutamente todos los autores, escuelas y tendencias, señaladas en esta parte del trabajo fueron leídas y estudiadas por Francisco de Miranda durante su proceso de formación militar, lo que coloca la cultura militar del precursor bastante por encima del promedio de lo que se exigía a un militar con mando superior de tropas para la época<sup>33</sup>. En otras palabras, Francisco de Miranda estaba al tanto del estado del Arte Militar para la época que nos ocupa, y todo ello por la vía autodidacta y la lectura, bien propio de un hijo de la Ilustración europea de finales del siglo XVIII.

## **La actuación militar europea de Francisco de Miranda**

La formación militar de Francisco de Miranda en el campo de la práctica, con anterioridad a su actuación militar en Venezuela puede circunscribirse a tres grandes momentos previos: su proceso de inicio en la vida militar, su experiencia en la guerra de independencia de los Estados Unidos y su actuación militar como comandante de grandes unidades de combate durante las guerras de la Revolución Francesa.

La formación militar de Miranda se inicia con un acontecimiento que si hoy pudiera parecernos desusado<sup>34</sup>, no era tal cosa en la Europa del siglo

<sup>31</sup> Marcel REINHARD, *Le Gran Carnot*, Paris, Laffond, 1950, tomo II, en especial pp. 100-108; Azar GAT, *The Origins of Military Thought...*, *op. cit.*, pp. 67-79 y 25-54; Basil LIDDELL-HART, *El fantasma de Napoleón*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.

<sup>32</sup> REINHARDT, *op. cit.*; J. Colin, *La éducation militaire de Napoleon*, Paris, s.p.i., 1900.

<sup>33</sup> Tomás PÉREZ TENREIRO, *Para Elogio y Memoria*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1991, pp. 321-350.

<sup>34</sup> Para la época la formación normal militar empezaba a temprana edad entre los 10 y los 16 años, mediante el servicio como cadete en una unidad de infantería o caballería durante un lapso entre año y medio y dos años, luego

XVIII. El futuro Precursor compraría en la Corte su grado de capitán en el regimiento de infantería de la Princesa y como tal iniciaría sus actividades militares en las posesiones españolas del norte de África. Participa luego en la defensa de Melilla (1774-1775) contra las fuerzas del sultán de Marruecos y en la expedición española contra Argel (1775). Allí combatirá contra un enemigo inusual para la época, que cree en el sacrificio de la propia persona en interés de la causa mayor, la religión, y allí, asimismo, dará la primera prueba de su independencia de criterio, al presentar a sus superiores jerárquicos un plan para romper el sitio que sufrían las tropas españolas y batir al enemigo a campo raso. Esta iniciativa, así como las críticas que expresó sobre la conducción de la expedición a Argel, le granjearon la malquerencia de algunos superiores, en especial del propio comandante de dicha expedición, el mismísimo conde de O'Reilly<sup>35</sup>.

Un poco después, ya transferido a una nueva unidad táctica, la cual es enviada a La Habana, le permitirá, en 1781, acompañar a las tropas españolas que refuerzan el sitio puesto por el general Bernardo de Gálvez a la plaza de Pensacola, ocupada por los ingleses en la Florida occidental. Pese a que

---

de los cuales se ascendía a subteniente o alférez. Para el caso de las llamadas armas facultativas (artillería e ingeniería), los cadetes estudiaban dos años en institutos especiales de formación (Segovia, España), los cuales dieron origen a las modernas academias militares. Debe notarse entonces, que MIRANDA careció de ese tipo de formación básica.

<sup>35</sup> Alejandro O'REILLY, irlandés al servicio de España, inició el proceso de adaptación de las enseñanzas de las últimas guerras europeas al carácter, idiosincrasia y organización del ejército de Carlos III. O'REILLY, luego de estudiar convenientemente las organizaciones militares prevalecientes en Austria, Prusia y Francia, recomendó la adopción de la táctica prusiana lo que implicaba una modificación en la estructura regimental adoptada por Felipe V, para sustituir el antiguo Tercio. En 1764 finaliza la misión de O'REILLY, mediante el establecimiento de un sistema de Unidades de Milicia de Infantería, Caballería y Dragones y la promulgación del "Reglamento de Milicias de la Isla de Cuba", del 15 de junio de 1764 en donde se dictan las pautas del primer modelo reformista llevado a cabo en territorio americano en materia militar, modelo que se extenderá paulatinamente en el mismo. En 1765 es adoptado en Puerto Rico, hacia 1768 en Venezuela y en el decenio posterior a 1770 en Louisiana, Florida, Nueva Granada, Perú, Quito, Guayaquil, Buenos Aires, Santiago y Paraguay. Es considerado el artífice de la modernización militar llevada a cabo por Carlos III.

su conducta en la toma y capitulación de esa plaza fuerte en mayo de 1781 le vale ser ascendido a teniente coronel, el elemento más importante de esa etapa de su formación práctica es el contacto con la nueva forma de hacer la guerra que comenzaba a vislumbrarse hacia el futuro, la guerra hecha por ciudadanos armados contra ejércitos profesionales organizados, en la cual estos últimos saldrían ignominiosamente derrotados. En efecto, las victorias de Saratoga, Yorktown y Pensacola abrieron un camino que más adelante vería Miranda repetirse en el continente europeo.

Su experiencia en Francia será mucho más esclarecedora para comprender el pensamiento militar mirandino. Poco después de ingresar como mariscal de campo (general de división) al servicio de la Revolución Francesa, Miranda será actor y testigo de una de las batallas más decisivas del hemisferio occidental, por cuanto traza, sin dudas, la línea divisoria, desde el punto de vista práctico de las dos grandes tendencias teóricas en pugna desde mediados del siglo XVIII<sup>36</sup>. Me refiero a la batalla, o duelo artillero como algunos le llaman, que ocurriría en las cercanías de la población de Valmy (en la frontera franco-belga actual) el 20 de septiembre de 1792.

En este hecho de armas, donde a Miranda le corresponde comandar las tropas del ala derecha, se presentarán ante sus ojos dos acontecimientos de naturaleza insólita que contrastaban con el *corpus* de su formación militar. En primer lugar que un ejército sin uniformes, disciplina, carentes de instrucción táctica y mal armados pudiesen derrotar a la máquina militar más letal de Europa, el ejército prusiano, formado bajo el molde de Federico II. No sería Miranda el único testigo notable de este hecho. Junto a él, comandando unidades de tamaño, compañía, batallón y brigada se hallaban Jourdan, Lecourde, Oudinot, Victor, Mc Donald, Davout, Saint Cyr, Mortier, Soult, Leclerc, Lannes, Massena, Berthier (quien estuvo en Venezuela en 1783), Suchet, Laharpe, Bessières y Kellermann, todos ellos futuros mariscales de Napoleón<sup>37</sup>.

---

<sup>36</sup> Emile WANTY, *L'art de la guerre de l'antiquité chinoise aux guerres napoléoniennes*, Verviers (Belgique), Marabout Université, 1967; Fernand SCHNEIDER, *Histoire des doctrines militaires*, Paris, PUF, 1964; Caracciolo PARRA-PÉREZ, *Miranda y la Revolución Francesa*, Caracas, Ediciones del Banco del Caribe, 1966.

<sup>37</sup> John F. FULLER, *Batallas decisivas del mundo occidental*, Madrid, Ediciones Ejército, p. 395.

Pero el segundo hecho notorio, tanto de la acción en sí de Valmy como de las parciales y preparatorias acciones de Morthomme y de Briquenay, lo constituían la indisciplina y niveles alarmantes de desertión de las tropas que comandaba, situación sólo corregida por Miranda debido a su energía y carácter como Comandante de tropas<sup>38</sup>.

Esta situación se repetiría a lo largo de su carrera militar al servicio de Francia. En efecto, en las batallas campales en que Miranda tuvo participación directa, tanto la desertión como la desbandada y desorden de las tropas ante los primeros ataques del enemigo ocasionaron situaciones de derrota o retirada en Maastrich (donde se vio obligado a levantar el sitio) y Neerwinden, donde la dispersión de las tropas francesas ocasionara la ruptura de la línea y con ello la derrota general.

En cambio, en aquellas ocasiones en las que Miranda debía comandar sitios a fortalezas y ciudades aplicando todas las reglas del Arte Militar prerrevolucionario, como su vieja experiencia de Pensacola o el exitoso sitio de Amberes, la victoria siempre estaría de su lado. De modo que la guerra de fortificaciones y los sitios en regla se convertirían para Miranda en la forma más conveniente de hacer la guerra, debido, en primer lugar a su formación teórica y en segundo lugar porque de su experiencia francesa recibiría pruebas incontestables *ad nauseam*, que el arte militar preconizado por Lloyd y Guibert y puesto en práctica por el ejército de la revolución conllevaba en sí mismo el germen de la indisciplina y la anarquía. Así, para diciembre de 1810, fecha de su retorno a Venezuela, sus convicciones y formación sobre ese particular estarían lo suficientemente cimentadas como para determinar su actuación militar durante la llamada Primera República.

---

<sup>38</sup> Antoine-Henri JOMINI, *Histoire critique et militaire des campagnes de la Révolution, faisant suite au traité des grandes opérations militaires*, tomes 7 et 8, Paris, Magimel, Anselin et Pochard, 1816; John FULLER, *op. cit.*, p. 405; Caracciolo PARRA-PÉREZ, *op. cit.*, pp. 144-328.

## La actuación militar de Miranda en Venezuela

Al proclamarse la Independencia absoluta en julio de 1811, casi inmediatamente se produce la insurrección de Valencia, que en primera instancia el Gobierno de la Confederación pretende combatir sólo con tropas de milicias de la zona (Caracas y Valles de Aragua) al mando de los hermanos Rodríguez del Toro, Francisco como Comandante titular y Fernando en su condición de Inspector de Milicias de la provincia.

De conformidad con la organización adoptada, por otra parte muy similar a la utilizada en la expedición a Coro unos meses atrás, la expedición a Valencia pretendía que la sola presencia de las tropas de la Confederación, causaría el arrepentimiento y sumisión de los insurrectos. El resultado fue la de seguir por parte de los insurrectos una defensa de reductos dentro de los límites de la ciudad, cubriendo las principales vías de aproximación, lo que terminó paralizando la ofensiva de la Confederación, ocasionando el reemplazo del marqués del Toro por Francisco de Miranda en el comando de las tropas<sup>39</sup>.

Al reemprender la ofensiva sobre Valencia, el ejército al mando de Miranda, adopta para el logro de sus objetivos las reglas del asedio a la plaza y la toma de sitios o reductos de manera paulatina a fin de forzar al enemigo a capitular, es decir, una maniobra típica del pensamiento militar anterior a 1760<sup>40</sup>.

El resultado de las disposiciones tácticas de Miranda fue la prolongación del sitio durante más de quince días sin obtener resultados positivos, por lo que no le quedó al futuro generalísimo otro expediente, previa celebración de una junta de guerra, que ordenar un muy “republicano y revolucionario” asalto a la bayoneta sobre las posiciones fortificadas de los insurrectos. El

---

<sup>39</sup> Seguimos de cerca la narración de Rafael María BARALT en su *Resumen de la Historia de Venezuela*, Brujas, Desclée de BROUWER, 1939, tomo primero, pp. 112-126. Las narraciones de José AUSTRIA, *Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1961 y Gabriel MUÑOZ, *Monteverde, cuatro años de historia patria*, Caracas, ANH, 1986 coinciden, tanto en lo general como en los detalles, con el primero de los nombrados.

<sup>40</sup> Véase VAUBAN, *op. cit.*; Nicolás de CASTRO, *Fortificación regular* (1753), Caracas, Imprenta Nacional, 1953.

ataque, si bien exitoso, ocasionó que más de la cuarta parte del ejército de la Confederación resultase muerto o herido<sup>41</sup>.

El nombramiento de Miranda como Generalísimo, por defección del marqués del Toro, quien rechazó la designación en abril de 1812 y las sucesivas disposiciones que en materia militar hizo ejecutar, no hicieron más que profundizar la brecha existente entre las dos formas de conducir la guerra tradicional: la encarnada por Miranda y la moderna a la que se acogían la mayoría de los comandantes de unidades que servían a sus órdenes.

En efecto, cuando revisamos la formación intelectual de la época y disponible a la mayoría de los comandantes de unidades tácticas (batallones y escuadrones) del ejército de línea o las milicias de la Confederación en el campo militar, observamos que la mayoría de sus lecturas se referían al período comprendido entre Federico II y la Revolución Francesa, es decir, la época de Guibert y Lloyd, mientras que las lecturas de Miranda pudiéramos ubicarlas en el período anterior, es decir, el comprendido entre los escritos de Montecuccoli y Federico II<sup>42</sup>. Sin que esto implique la adscripción estricta a determinada concepción en el campo militar, el tipo de lectura nos permite analizar la formación de una persona en determinado campo del conocimiento humano.

Así, al analizar la formación de Miranda encontramos que cuanto más se discutía en relación con los sistemas modernos de ataque y defensa, según uno de sus contemporáneos, el Precursor,

---

<sup>41</sup> Las cifras se estiman entre 500 y 700 muertos y entre 700 y 1.500 heridos sobre una base total de 5.000 hombres que conformaban el Ejército Expedicionario. Tomamos las cifras de Rafael María BARALT, *op. cit.*, pp. 90-92.

<sup>42</sup> La mayoría de las lecturas sobre arte militar en el período no están disponibles para el investigador contemporáneo. En general, en Venezuela, es éste un tema que, prácticamente, no ha sido abordado por los investigadores, ni siquiera por los que hacen de la guerra su oficio. La posibilidad de reconstrucción, aunque factible resulta ardua. Hemos utilizado el sugerente texto de Manuel PÉREZ VILA, *La formación intelectual del Libertador*, Caracas, Ministerio de Educación, 1979 y establecido una comparación entre la biblioteca militar de BOLÍVAR y la de Francisco de MIRANDA, tomada de su archivo. Tenemos evidencia de las lecturas de próceres coetáneos a ellos. Para mayores detalles véase nuestro trabajo *La baraja marcada: Sucre como estratega*, Caracas, Memoria del 7mo Congreso Venezolano de Historia, Academia Nacional de la Historia, 1997.

...tanto más se encontraba en oposición con el género de nuestros generales modernos que ganaban batallas y tomaban ciudades separándose de las reglas con las cuales los Turenne, los Condé, los Catinat y tantos héroes franceses y extranjeros habían sabido encadenar la fortuna y asegurar la victoria (...) Creo que Miranda no habría consentido en ganar una batalla, en tomar una ciudad contra las reglas del arte...<sup>43</sup>.

En otras palabras, para Miranda, el arte de la guerra tal y como se llevaba a cabo desde 1792, no sólo era ineficaz, sino que conllevaba el germen de la anarquía y la indisciplina. Para los oficiales de la Confederación, en especial a los pertenecientes a la llamada Sociedad Patriótica, de tendencia jacobina, el arte militar postguibertiano era el más a propósito para desarrollar las virtudes del republicanismo revolucionario<sup>44</sup>.

Tales desavenencias, entonces, más allá de lo personal, estaban directamente relacionadas con dos concepciones de la guerra en pugna, tanto desde el punto de vista teórico, como en relación con su aplicación práctica en los campos de batalla, no sólo en Venezuela, sino también en la Europa de entonces. Mal podían oficiales como Bolívar, Montilla, Ribas, Chatillón, Mc Gregor o Du Caylá, formados intelectualmente bajo Saxe, Guibert y Lloyd, estar de acuerdo con su General, que hacía instruir a los reclutas a la prusiana y recomendaba a los oficiales que leyeran Montecuccoli, Vauban, Feuquières y Du Puget<sup>45</sup>.

De allí, del conflicto entre esos dos *modos de vida* militares partirán las desavenencias que a posteriori lograrán que el papel de Miranda como jefe militar en Venezuela termine siendo objeto de las mayores polémicas historiográficas.

Distintas razones se han esgrimido para explicar las causas del fracaso de Miranda en el plano militar durante el ejercicio de sus funciones de Generalísimo en la Primera República.

---

<sup>43</sup> Luc-Antoine CHAMPAGNEAUX, *Mémoires particulières de Madame Roland*, Paris, Ed. Les Cahiers, s.d., p. 494.

<sup>44</sup> Manuel SERVIEZ, *L'aide de camp ou l'auteur inconnu. Souvenirs des Deux-Monde*, Paris, Maurice de Viarz, ed., 1832, pp. 13-24.

<sup>45</sup> Véase Jules MANCINI, *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*, Paris, Ed. Bouret, 1910, p. 377.



Miranda asume el mando del ejército el 1º de mayo de 1812 y emprende la marcha hacia la zona de operaciones, Valencia y Valles de Aragua, enviando destacamentos de avanzada sobre San Juan de los Morros, San Carlos y San Felipe, probables vías de aproximación del enemigo. La organización adoptada por el ejército consistía en dos batallones de infantería de línea (de los tres del ejército veterano aprobado por el Plan de Organización de septiembre de 1810), los tres batallones de milicias de Blancos de Caracas, los tres batallones de milicias de los pueblos circunvecinos (El Hatillo, El Valle y Petare)<sup>46</sup>, un batallón de zapadores (ingenieros de combate), otro de artillería, dos escuadrones de caballería y una muy *sui generis* representación de los agricultores de Caracas, organizados en una compañía de infantería y un escuadrón de caballería. Completaba la organización un grupo de extranjeros, mayormente franceses e ingleses, agrupados en una unidad independiente de tamaño inferior a la compañía. En otras palabras, Miranda se hace cargo de un ejército de aproximadamente 6.000 hombres, el más grande que hubiese operado para la fecha en el territorio de la antigua Capitanía General<sup>47</sup>.

Aunque no se dispone de documentación militar sobre el período es posible reconstruir el concepto central de la operación militar. Debido a que Monteverde avanzaba hacia el corazón de la provincia de Caracas, con un ejército constituido principalmente por tropas colecticias y cuya base fundamental de combate tenía que basarse en el choque, debido a la falta de municiones y de tiempo para la instrucción del personal, Miranda establece una línea de operaciones destinada a la creación de líneas de fortificación que pudiesen detener la ofensiva enemiga, a fin de desgastar a las tropas de

---

<sup>46</sup> Fernando FALCÓN, *El cadete de los Valles de Aragua: pensamiento político y militar de la Ilustración y los conceptos de guerra y política en Simón Bolívar (1797-1814)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2006, pp. 128-132. Estos batallones se habían fundado por el Plan de Organización para la defensa de la provincia de Caracas, entre octubre de 1810 y diciembre de 1811.

<sup>47</sup> Para el cálculo del número de efectivos del ejército de la dictadura de Miranda, nos basamos en el Plan de Organización de 1810, a razón de 500 hombres para cada batallón de infantería y 50 hombres por Escuadrón de caballería. El batallón de zapadores lo calculamos como medio batallón de infantería y las unidades de artillería a razón de ocho individuos por pieza. (Cálculos del autor).

Coro y pasar luego a la contraofensiva destruyendo al adversario impedido de recibir refuerzos por su lejanía con la base de operaciones, todo ello muy de conformidad con los cánones de la guerra de mediados del siglo XVIII.

Para que pudiese llevarse a efecto este plan, hacía falta la posibilidad de controlar la Llave de Puerto Cabello a fin de reforzar a la guarnición de Valencia, emprender operaciones ulteriores sobre la línea San Felipe-Barquisimeto-Coro o bien reforzar eventualmente cualquier avance del grueso del ejército sobre San Carlos o Barquisimeto. Así las cosas, se necesitaba en Puerto Cabello un comandante militar amigo de la ofensiva táctica y no un especialista en fortificación o defensa, lo que a nuestro modo de ver explicaría suficientemente el nombramiento de Simón Bolívar como comandante de la plaza de Puerto Cabello como una de las primeras medidas militares tomadas por Miranda<sup>48</sup>.

Las operaciones realizadas desde la aproximación a Valencia vía Caracas-Valles de Aragua-Guacara, el posterior repliegue y fortificación de La Cabrera, el establecimiento de Maracay como base de operaciones y la ulterior retirada a La Victoria, donde establecería una posición defensiva basada en artillería de alto calibre y fortificaciones de campaña, nos enseñan un Francisco de Miranda practicando el Arte Militar anterior a los cambios producidos por las revoluciones norteamericana y francesa, lo que en una guerra donde la opinión pública y las victorias en el campo de batalla, así como la ocupación de ciudades a fin de someter a la población a los dictados del régimen que defendía, tenía que implicar forzosamente, dada la formación intelectual militar de sus cuadros, la posibilidad de una conspiración interna para sustituir al mando principal del ejército, como en efecto ocurrió.

Es en este contexto que debe, a nuestro modo de ver, analizarse la conspiración de La Victoria para prender a Miranda y resignar el mando en una junta de jefes de batallón<sup>49</sup> y el posterior arresto del Precursor, luego de la capitulación de San Mateo, por parte de oficiales descontentos y su entrega a Monteverde, lo que pone, cronológicamente hablando, punto final a la existencia de la Primera República venezolana.

---

<sup>48</sup> José de AUSTRIA, *op. cit.*, p. 298.

<sup>49</sup> *Ibidem*, pp. 331-333. Austria fue testigo presencial de los hechos y probablemente participó en dicha conspiración.

Es fácil darse cuenta de que la concepción militar predominante, basada en el sistema de milicias propio de la tradición española y del lenguaje y la práctica política de la sociedad comercial, no era precisamente la más adecuada para hacer frente a los desafíos de una agresión exterior, que provenía del mismo seno de la Confederación y que además, por la naturaleza de la estructura militar adoptada, resultaba el menos apropiado para ser adaptado a las medidas enérgicas y eficaces de una dictadura.

El fracaso del Generalísimo Miranda, al ser leído desde esta óptica presenta nuevas perspectivas. Miranda era un dictador republicano a la antigua con un ejército vertebrado en milicias a la manera de la sociedad comercial: un general que intentaba aplicar, dado su cargo, medidas a la romana en una sociedad cuyo edificio militar se calcaba en un modelo norteamericano con una tradición colonial española, utilizando para ello concepciones militares previas a la adopción de los preceptos teóricos del republicanismo militar, tanto liberal como clásico.

## **Conclusiones**

La organización adoptada por Miranda durante su gestión como Generalísimo de la Confederación se basaba en un modelo similar a la antigua dictadura republicana pero con un ejército vertebrado en milicias a la manera de la sociedad comercial. Esta peculiar organización trajo como consecuencia inmediata que al intentar aplicar, dado su cargo, medidas propias del republicanismo clásico en una sociedad cuyo edificio militar se calcaba en un modelo norteamericano y, además, con una tradición militar propia del antiguo régimen español, sus medidas se vieron paralizadas por la inoperatividad del modelo y la resistencia de los cuadros de mando, formados por las nuevas técnicas adoptadas mundialmente por los ejércitos entre 1760 y 1810.

En este sentido, el mito de Miranda como un incomprendido y sabio militar que fracasa ante la imposibilidad de hacer adoptar la disciplina europea a unas tropas colecticias y mal dirigidas, carece de veracidad y debe revisarse. Miranda, como hemos demostrado en el presente trabajo intentó aplicar en Venezuela un pensamiento y una táctica militar que para 1812, se encontraban completamente superadas a nivel internacional.

Paradójicamente, sus cuadros de mando estaban mejor informados sobre los cambios ocurridos en el mundo militar y ello, por supuesto, derivó en tensiones y desencuentros que terminaron paralizándolo la maquinaria bélica de la confederación venezolana y dieron al traste con el experimento republicano que se iniciaba en Venezuela.

La actuación militar de Miranda, a pesar de todo lo anterior, es la de un profeta, destinado, como lo dije al principio de este trabajo, a ser lapidado por sus contemporáneos. Recordemos, no obstante, el concepto que de él tenía el más grande guerrero de su época, Napoleón Bonaparte: “Miranda, ese Quijote, que no está loco, tiene fuego sagrado en el alma...”. El alma de un republicano convencido, que buscó, y no obtuvo, en su forma de hacer la guerra, la posibilidad de llevar a cabo sus sueños de libertad.